



## LA HUACANA Y EL JORULLO

*Habiendo considerado concluida mi expedición en la Cordillera de los Andes, desde el paso de Mercurio que observé en Lima, no he hecho sino pequeñas excursiones en este país, desde Acapulco y Cuernavaca a Real del Monte y Actopan y desde Guanajuato a Valladolid y al Volcán Jorullo, cuya cima no tiene sino 618 toesas sobre el nivel del mar.*

Humboldt, *Cartas americanas*

EN EL SIGLO XVIII, las ideas ilustradas europeas viajan allende el mar y arriban a las colonias americanas españolas, en donde encuentran buen cobijo entre las elites criollas. Tan sólo en la Nueva España, en algunas esferas sociales, se percibe un ambiente intelectual equiparable al de la península ibérica. Para algunos criollos, quedan atrás los viejos postulados del pensamiento escolástico y llega el momento de ponderar la nueva filosofía científica moderna, cuya difusión se debe en buena medida a la orden religiosa de los jesuitas. Si bien es cierto que ya se han dado desde tiempo previo los primeros chispazos del pensamiento modernista con la introducción de los textos de Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, Descartes, *Discurso del Método*, y Gassendi, *Instituto Astronomica*, es en el siglo XVIII con la Compañía de Jesús cuando se alcanza su consolidación. A la expulsión de los jesuitas en el año de 1767 –por disposición del monarca Carlos III y a través de sus Reformas Borbónicas– el estudio y difusión de las ideas ilustradas continua en sus pupilos novohispanos (Carreón, 1999).

Cuando llega Humboldt a la Nueva España, las ideas ilustradas son una realidad sólo entre algunos habitantes de las grandes ciudades –como México y Valladolid–. No han penetrado en el resto de la población –mestiza, indígena, negra, mulata y demás castas–, generalmente marginada y envuelta en sus propias circunstancias o lógicas explicativas de muy variada índole. Si bien en la Nueva España de fi-





nales del siglo XVIII se cuenta con destacadas figuras ilustradas, tales como Gamarra, Alzate, Velázquez de León y Bartolache, no se puede afirmar que el Virreinato en general es dominado por las luces a este pensamiento (González, 1994).

Dejando de lado este punto, debemos preguntarnos por la situación de Michoacán al arribo del noble prusiano. Para respondernos, adelantémonos unos momentos a la llegada de Humboldt y observemos el territorio michoacano, conozcamos el medio geográfico en el que él marcara sus huellas a principios del siglo XIX. Iniciemos este recorrido desde nuestro presente, pues es la puerta que tenemos ahora para llegar al pasado. Echemos entonces un vistazo a Michoacán, a la Tierra Caliente, a La Huacana y al Jorullo.

## Marco geográfico

Si pudiéramos contemplar el actual territorio del estado de Michoacán a vuelo de pájaro y pudiésemos abarcar con una sola mirada los 59 864 kilómetros cuadrados de su extensión territorial –el 3% de la superficie total del país–, nos daríamos cuenta de su amplia diversidad geográfica, biológica y cultural. ¿Cómo dar entonces explicación de este maravilloso espacio por demás heterogéneo? Para simplificar las cosas de forma práctica y directa, los geógrafos suelen dividir el territorio en cuatro zonas: (1) el Norte comprende la cuenca del Lerma e incluye los lagos de Cuitzeo y Chapala, el valle de Guayangareo y el Bajío michoacano; (2) la Mesa central, que incluye lagos cerrados – como Zirahuen y Pátzcuaro–, la Meseta purhépecha, además de contar con la ornamentación paisajística del Eje Neovolcánico Transmexicano; (3) el Sur, comprende la cuenca media y baja del río Balsas, y (4) el Oeste, conformada por las montañas costeras michoacanas. El Sur y el Oeste integran la llamada Tierra Caliente. Del otro lado del trazo convencional que se señala como frontera estatal, se localizan las entidades federales vecinas de Jalisco y Guanajuato, al norte; Querétaro, al noroeste; el Estado de México y Guerrero, al este, y Colima, al oeste.





Una vez entendido esto, ubiquémonos en la región denominada Tierra Caliente, zona que se encuentra entre los 200 y los 600 metros sobre el nivel del mar, y que cubre una superficie de 225 kilómetros de largo por 30 kilómetros de ancho. Este es el límite norte de las laderas del cautivador paisaje montañoso que forma la sierra Madre Occidental, y en medio de dos cuencas formadas por los serpenteantes caminos de los ríos Grande, Tepalcatepec y Balsas.<sup>14</sup> Es aquí, en Tierra Caliente, donde se localiza el actual municipio de La Huacana.

Según la versión más difundida entre los conocedores locales, el nombre de La Huacana deriva de la palabra chichimeca *Uaacanan*: “lugar de vestidos”. Este cálido municipio se encuentra a 161 kilómetros de la ciudad de Morelia, la antigua Valladolid, y a 96 kilómetros de Pátzcuaro, dentro de la región conocida como Depresión del Balsas, y entre las coordenadas 18° 58' latitud norte y 101° 48' longitud oeste. A este dato duro debemos añadir otros por pura prudencia geográfica referencial: La Huacana se encuentra a 480 metros sobre el nivel del mar. Más allá de los límites políticos del municipio se encuentran los vecinos Nuevo Urecho y Ario de Rosales, al norte; Turicato, al este; Churumuco y Arteaga, al sur, y Múgica y Apatzingán al oeste. Algunos ríos atraviesan el territorio de La Huacana contribuyendo a su verdor característico, siendo éstos el Huámito, Zancudo, Pastora, y Capirio. Además están los arroyos Zapiero, San Pedro Jorullo y San Antonio y la presa de Zicuirán. También podemos encontrar generosos manantiales que apaciguan el intenso calor que pueden llegar a padecer los lugareños.

En La Huacana crecen soberbios árboles de bosque tropical deciduo y tropical espinoso. Entre ellos hay una enorme diversidad de especies arbóreas, sobre todo aquellas que se clasifican como “*Ficus*” y que conocemos más comúnmente como higueras, amates y camuchines. En este sutil paisaje verde destaca el palmar, mismo que constituye una comunidad

14 Para una descripción geográfica más precisa del territorio michoacano, recomendamos consultar: West (1948), Ochoa y Sánchez (2003), y Stanislawski (2007).





vegetal única en el estado de Michoacán, siendo la especie nativa “Palma real” (*Sabal pumos*) la más relevante (Rzedowski, 1978). Las hojas de esta palma tienen una importancia particular para la elaboración de diversas artesanías, lo que aporta un porcentaje considerable a la economía local durante el estiaje. En lo que respecta a los aspectos socioeconómicos de la región, hay que señalar que las tierras de La Huacana han sido utilizadas históricamente por la ganadería bovina extensiva, principalmente, además de servir a la agricultura y al aprovechamiento forestal.

Ahora bien, si nos ubicamos en la actual cabecera municipal de La Huacana y avanzamos unos 10 kilómetros hacia noreste, llegaremos al Jorullo, una pequeña cumbre de 1299 metros sobre el nivel del mar. El singular volcán se localiza al noreste de la Depresión del Tepalcatepec, aproximadamente a 220 kilómetros de la zona de subducción de la Placa de Cocos, en las costas del Pacífico. Su cono presenta una forma de herradura abierta hacia el norte, cubierto por secuencias sobrepuestas de derrames lávicos. Su cráter mide 300 metros, con una profundidad cercana a los 80 metros.<sup>15</sup> A sus faldas, los derrames oscuros de su histórica actividad forman el llamado “malpaís”. El Jorullo cuenta con casi 250 años de edad, joven para ser un volcán. Custodiándolo se encuentran las poblaciones de Mata de Plátano y Las Pilas, al este; El Naranja de Jorullo y Los Copales, al sureste; La Alberca y Tres Palos, al noreste; Agua Blanca y Puerta de la Playa, al noroeste; y La Joya de Álvarez y El Terrero, al sur (SUMA, 2004). Además de ser un singular fenómeno geológico y geomorfológico, el Jorullo posee una peculiar belleza asociada a las formaciones vegetales del trópico semi-seco mexicano. Al igual que el también célebre y michoacano Parícutín, el Jorullo forma parte del llamado Eje Neovolcánico Transmexicano.

Retrocedamos ahora un poco en el tiempo a fin de conocer cómo se estableció este lugar que hoy llamamos La Huacana; viajemos en la

15 Agradecemos esta información al Dr. Víctor Hugo Garduño, geólogo del Instituto de Investigaciones Metalúrgicas de la Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo. Conversación personal en el año 2005.





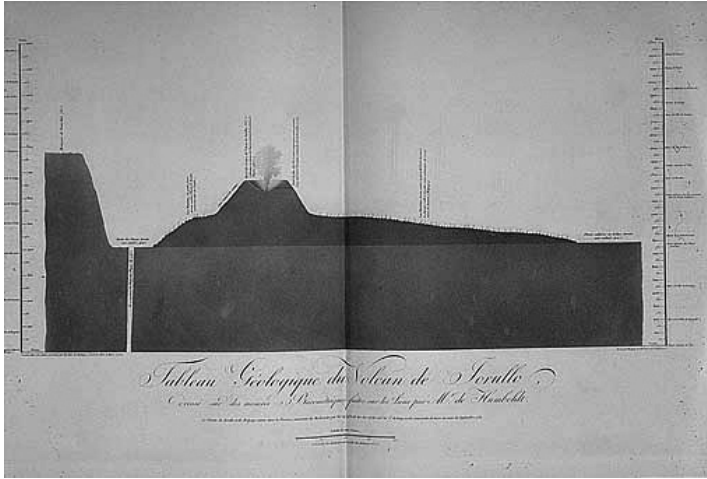
historia para poder comprender cómo diferentes colectividades humanas fueron apropiándose de esos paisajes, cómo fueron arribando otras tantas que adoptaron o adaptaron los códigos culturales de arraigo de sus predecesores. Veamos de forma breve el contexto histórico de ese lugar llamado La Huacana, del Jorullo y de sus moradores. Y es que, finalmente, la historia es también un paisaje en contemplación desde el presente.

## Breve contexto histórico

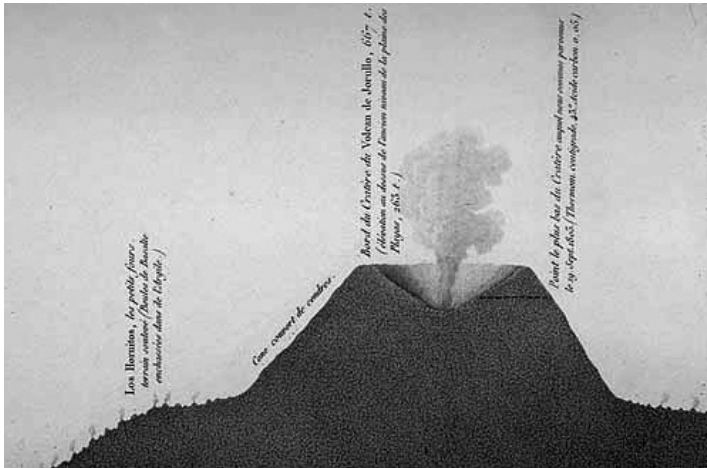
El área geográfica que abarca el actual territorio de La Huacana posee una historia que se remonta a la época prehispánica, cuando gobernaba en la región el *irecha* o *cazonci* Tariácuri. Fue entonces cuando los agueridos purhépechas iniciaron una expansión territorial conquistando los alrededores del lago de Pátzcuaro, Tierra Caliente y la costa, mismas regiones que fueron controladas desde la ciudad de Tzintzuntzan. Los sucesores del gobernante Tariácuri –Hiquíngare, Tanganxoan e Hirepan– continuaron con las incursiones expansivas. Los gobernantes de los territorios sometidos mantuvieron la libertad de realizar guerras de conquista por cuenta propia, como fue el caso del *caracha-capacha* –gobernante local– de La Huacana, llamado Capahuaxnzi, quien sometió a otros tantos pueblos de Tierra Caliente. La importancia de La Huacana en la época prehispánica radicaba en que dentro de su jurisdicción se localizaban las ricas minas de cobre de Inguarán (Aguirre, 1995).

Consumada la Conquista española, La Huacana fue asignada al español Juan Pantoja –primer regidor de la nueva ciudad de Valladolid– en calidad de encomienda, entre 1528 y 1533. A su muerte, en 1565, el territorio pasó a su hijo Pedro. En 1600 la heredó el nieto, también llamado Juan Pantoja. Finalmente pasó a propiedad de la Corona de España después de 1657. Sin embargo, sabemos que previamente, en 1544, se había nombrado un corregidor para Guanaxo con jurisdicción en Ario, La Huacana, Uruapan y Turicato. También durante la década de 1550 el corregidor de Tiripetio tuvo influencia sobre toda la Tierra Caliente, incluyendo Cinagua, La Huacana y Turicato.





Corte del volcán Jorullo, Humboldt. *Atlas geográfico y físico de las regiones equinociales del Nuevo Continente*, 1810.



Corte del volcán Jorullo, Humboldt. *Atlas geográfico y físico de las regiones equinociales del Nuevo Continente*, 1810.





Paisaje en la Huacana. Pedro S. Urquijo, 2005.

La organización territorial para el siglo XVII debió variar en algunos aspectos, puesto que en 1649 había un alcalde mayor de la población de “Cinagua y Minas de la Guacana”, quien residía en Ario y tenía jurisdicción temporal en Santa Clara. Posteriormente, en el siglo XVIII, entre 1713 y 1744, la jurisdicción se unió a la alcaldía mayor de Tancítaro. En lo que a la introducción de la doctrina cristiana se refiere, aún cuando los frailes mendicantes debieron haber dado sus primeros pasos en la evangelización de la región, es de los clérigos seculares de quienes tenemos las primeras noticias del establecimiento de una iglesia: la parroquia de Concepción de La Huacana (1553), perteneciente a la Diócesis de Michoacán. Cuando el Jorullo hizo erupción (1759), la sede de la parroquia se mudó a San Pedro Churumuco, regresando a La Huacana hasta 1813 (Gerhard, 2000).

De particular importancia histórica en La Huacana fue el año de 1789, cuando Don José María Morelos y Pavón, el futuro “Siervo de





la Nación”, ocupó el curato de Tamacuaro de La Huacana. El 20 de noviembre de 1861, ya en la etapa de la historia conocida como el México Independiente, el Congreso del Estado de Michoacán decretó el establecimiento del municipio, misma categoría que perdió posteriormente, hasta que el 12 de marzo de 1907 dicha categoría fue reestablecida.

## La leyenda del Jorullo

Hacia el siglo XVIII, el lugar en donde nació el volcán se localizaba un llano con varios campos altos cultivados. Ahí se instaló la hacienda de San Pedro de Jorullo, en aquel tiempo una de las más ricas de la Nueva España, con una extensión de más de 44 000 hectáreas. Su propietario era don Andrés Pimentel, entonces regidor de Pátzcuaro. El lugar era regado por dos ríos pequeños, el Cuitimba y el San Pedro. Los campos producían cosechas abundantes de caña de azúcar y de añil. Además proveía a la ciudad de Valladolid grandes cantidades de fruta. Rodeando la hacienda se localizaban un buen número de ranchos, pastizales y el pueblo de La Presentación, donde vivía el párroco y los principales de la república de indios. Para realizar las labores de cultivo al interior de San Pedro de Jorullo se recurría a la mano de obra indígena, ya fueran éstos residentes de la misma hacienda o trabajadores eventuales contratados en los pueblos de La Huacana o Churumuco. Posiblemente las actividades de molienda, hervido, refinación, purga, blanqueamiento y secado de la caña eran realizadas por esclavos negros y mulatos, pues existía la prohibición real desde el siglo XVII que impedía que los indígenas desempeñaran este tipo de tareas (Carreón, 2002).

La apacible vida cotidiana en la hacienda de San Pedro de Jorullo se cimbó a partir del mes de junio de 1759, cuando una serie de fuertes movimientos telúricos, acompañados por estruendos subterráneos y un paulatino olor a azufre pusieron en alerta a la población. Avisado por el dueño de la hacienda, el padre Isidoro Molina, del Colegio de la Compañía de Jesús de Pátzcuaro, llegó a inspeccionar el área, concluyendo que se trataba de la formación de una abertura volcánica.







Sin embargo, como veremos más adelante, esta no fue la información que circuló entre los asustados pobladores. Con el paso del tiempo los temblores se hicieron recurrentes y el aroma a hidrógeno sulfurado se intensificaba. Los trabajadores de la hacienda, previendo la catástrofe, empezaron a levantar casas y refugios en los montes de los alrededores, donde podrían protegerse de cualquier eventualidad. Entonces, Andrés Pimentel recurrió nuevamente al sacerdote Isidoro Molina para intentar calmar la furia de la naturaleza a través de la fe y, al mismo tiempo, promover el regreso de sus trabajadores. Con los exhortos del religioso, la gente volvió a la hacienda.

No obstante, en medio del pánico, la noche del 28 al 29 de septiembre, emergió el volcán. Los pobladores retornaron despavoridos a sus refugios en las montañas de Aguasarca y Cuarallo. Los dos ríos que atravesaban el lugar se precipitaron en las grietas inflamadas. En palabras del propio Humboldt, quien posteriormente documentó el fenómeno, "...la descomposición del agua contribuía a avivar las llamas, que se veían desde Pátzcuaro" (Humboldt, 2004:164). La lluvia de cenizas acabó con los cultivos y los árboles cual cerillos, se incendiaron al paso de la lava. La magnitud del acontecimiento quedó evidenciada en un testimonio directo de la erupción, en la *Relación del Volcán de Jorullo en la América*:

*...en distancia de un cuarto de legua de las casas de la Hacienda, por la parte que declina del Oriente al Sur, en una Cañada que se llama Cuitinga, muy deleitable por sus arboladas, y por un frondoso arroyo que allí corría perenne, reventó una muy densa y negra humareda que se fue elevando a la esfera, habiendo precedido esa misma noche tres o cuatro muy recios temblores, y dentro de poco espacio de haber exhalado este humo comenzó a oírse un tan tempestuoso y horrible ruido, y consiguientemente a mirarse salir llamas de fuego que en globos abortaba con gran violencia para lo alto, envueltos entre la misma nube que salía cada instante más gruesa y denegri-*





*da, mirándolo de hito en hito el Padre Molina, el Administrador y toda la gente, que pavorizada ocurrió como a favorecerse al lado del Padre, quien al punto de amanecer dijo la última misa del Novenario de Nuestra Señora, y habiendo dado la Comunión a 26 personas se concluyó la misa, durante la cual había comenzado a llover agua revuelta con tierra; de manera que cuando la gente salió se hallaba el suelo cubierto, y los techos muy cargados, el hemisferio con una parda obscuración, y la reventazón ya tan gruesa, y tronitrosa que causaba pavor, y espanto, y con un gran hedor a azufre.... (Ruiz, 2004:158)*

La destrucción de ranchos, sembradíos, bosques y casas, aunado al desamparo en el que se encontraron los habitantes, no sólo de La Huacana sino también de San Miguel Sinagua y Tamacuaro, motivaron al entonces obispo de Michoacán, Pedro Anselmo Sánchez de Tagle a buscar la solución al desastre por intervención divina. El 19 de noviembre de 1759, el obispo ordenó a todos los curas del obispado y a los regulares de las parroquias que imploraran la misericordia de Dios; es decir, que realizaran deprecaciones. Como parte de los actos religiosos estaban las procesiones tanto de rogación como de penitencia. En los actos de rogación se recitaban letanías de los santos, se rezaba el rosario y el Vía crucis, sobre todo en los curatos de La Piedad, Zinapécuaro, Capacuaro, Río Verde, Taretan, Zamora, Chamacuero, San Miguel El Grande, Tarímbaro, Guadalcazar, Congregación de Nuestra Señora de Los Dolores, Angamacutiro, Atoyac, Salvatierra, Tacámbaro, León y Maravatío, entre otros. Las procesiones de penitencia consistían en utilizar instrumentos de flagelación corporal –coronas de espinas, cadenas, grilletes, pencas de nopal, látigos– para conmover a Dios, y se llevaron a cabo principalmente en los curatos de Tarecuato, Cerro de San Pedro, Irimbo, Armadillo, Celaya, San Francisco de los Pozos, Zitácuaro, Jiquilpan, Cuitzeo y Tlalpujahuá. Las deprecaciones se practicaron de diciembre 1759 a marzo de 1760, aunque en algunos lugares





se extendieron hasta junio, pero en otros tantos ni siquiera se cumplieron (Carreón, 2002).

Sorprendentemente, durante la catástrofe no murió persona alguna. Él mismo más adelante, cuando conoció La Huacana, Humboldt no dejó de asombrarse de este hecho, y relató en su *Diario de viaje* la anécdota del único individuo –un esclavo negro– que se quedó dentro de la hacienda al momento de la tragedia, mientras el resto de los moradores huyeron a los cerros cercanos: “...se acordaron de él a tiempo y un indio tuvo el coraje de ir a buscarlo. El esclavo hizo lo que Príamo en esa última noche en Troya, y lo que hacen todos los pueblos agobiados por la desgracia. Se había encomendado a su divinidad titular” (Humboldt, 2003:114). Esta divinidad titular era la Virgen de Guadalupe.

¿Pero cuál había sido la causa de la tragedia? Para los pobladores no cabía lugar a la duda: se trataba de un merecido castigo de Dios por la codicia excesiva de Don Andrés Pimentel y por los pecados de los habitantes de la región de La Huacana. En 1761, el cura párroco de Pátzcuaro daba por un hecho el pronóstico de la calamidad que cambió la vida en la región de La Huacana, basando su afirmación en pasajes bíblicos (Ruiz, 2004). A La Huacana no habían llegado las ideas ilustradas tan en boga entre las elites criollas y sus explicaciones racionalistas. Recordemos que, la filosofía ilustrada era privilegio de unos cuantos en toda la Nueva España; por tanto, esta forma de explicar el mundo no era parte del común de la población. Acorde con los tiempos, en La Huacana existía un profundo sentimiento religioso que iba más allá de cualquier lógica científica occidental. Para los moradores de la región, la fe y la religión eran, literalmente, las únicas que podían “mover montañas” o, en este caso, hacerlas emerger de la tierra.

Pronto el acontecimiento tomó tintes de profecía cumplida. Entre los moradores se esparció como agua el rumor de que meses antes, algunos misteriosos personajes habían anunciado la tragedia que en ese momento vivían. Pero algo no estaba claro ¿Quién anunció el acontecimiento magnánimo? ¿Quién o quiénes fueron los profetas?





El jesuita Rafael Landívar dedicó parte de su extenso poema *Rusticatio Mexicana* o *Por los campos de México* (1782) al Jorullo. En sus versos, escritos totalmente en latín, reelaboró la “maldición del volcán”, conocida y pregonada entre los habitantes de La Huacana. Según el texto, el visionario fue un hombre de muy avanzada edad que llegó sorpresivamente a la hacienda, quedando estupefacto ante la excesiva opulencia del lugar. Entonces, el misterioso personaje profetizó:

*...un tiempo vendrá, crudelísimo, después que la luna haya cumplido siete vueltas y el Otoño igualado las oscuras noches y los días, en que el devorador Vulcano soltará desenfrenados furores sobre estas campiñas y el valle quede consumido por el fuego. Contemplo como ruedan por el llano los ígneos peñascos, pavorosos peñascos y al Jorullo sumergido en vasta ruina* (Landívar, 1993:23).

Por otra parte, fray Francisco de Ajofrín consideró que los responsables de la profecía habían sido dos misioneros franciscanos que habían llegado a la hacienda con el fin de predicar, en el año de 1757. Los religiosos se escandalizaron con los excesos etílicos de los trabajadores de San Pedro de Jorullo y decidieron dar aviso al dueño. Andrés Pimentel, conecador de los embriagadores medios con los que los trabajadores se refrescaban en la cálida Huacana, hizo caso omiso de las observaciones hechas por los indignados misioneros. Fue entonces cuando los franciscanos llenos de coraje lanzaron una maldición para el día de San Miguel Arcángel, en la que todo el territorio sería destruido por el fuego (Ajofrín, 1964).

Este tipo de explicaciones respecto al origen del volcán eran la constante y así lo pudo constatar el viajero prusiano más adelante. Durante su estancia en tierras michoacanas, Humboldt recopiló información testimonial respecto al surgimiento del Jorullo. Si bien su intención era obtener impresiones directas sobre el nacimiento y el proceso eruptivo, la mayoría de la información eran explicaciones prodigiosas





o causas místicas del fenómeno físico. Particularmente los lugareños hacían referencia a las versiones prodigiosas de la erupción ya señaladas por Ajofrín, en las que se atribuía la predicción a los dos misioneros franciscanos. La leyenda de la maldición fue el único testimonio que pudo obtener Humboldt de los pobladores. El científico prusiano anotó con sarcasmo en su diario de viaje:

*Lo más curioso de todo lo que concierne a este volcán y a toda gran revolución científica es la obra de algunos frailes que predicaban una misión que, habiendo sido mal recibidos en la Hacienda de Jorullo, lanzaron maldiciones muy complicadas sobre esta llanura, profetizando que todo sería tragado por las llamas, y que en una época posterior el aire se enfriaría y las montañas de alrededor se cubrirían de nieve. Se podría poner en duda que los ministros de una religión, cuyo primer precepto es la caridad, hayan podido ser capaces de maldiciones tan feroces. Ciertamente, Jorullo es la obra mayor producida por los frailes, y si uno no se asombra de la credulidad del pueblo que ve a cada instante suspendidas las leyes eternas de la naturaleza, habría que asombrarse de la industria de esta casta religiosa que, como Colón con el eclipse de luna, saca partido de cualquier cosa para fundar su imperio por el temor. Los pobres habitantes de esta playa, todos ellos cultivadores de índigo, están tan seguros de esta causa mística del volcán, que no dudan que la segunda parte de la profecía, la de la nieve, se va a cumplir también (Humboldt, 2003:113).*

Paulatinamente volvió la calma y los habitantes de la región se fueron reincorporando, en la medida de lo posible, a sus actividades cotidianas. La gente consideró que la pesadilla concluyó gracias a la intervención divina ¿De qué otra forma podía ser?, pensaban. Se decía que si bien el nacimiento del volcán había tenido lugar en el día de San Miguel Arcángel, esto se debió a que el mismo santo puso también fin





a las terribles vicisitudes. Por tanto, los lugareños, motivados por las autoridades eclesiásticas locales, tramitaron ante la catedral de Valladolid el nombramiento de San Miguel Arcángel como “Santo patrono menos principal de La Huacana”; esto es, la segunda figura del santoral en jerarquía local, después del Patrono, San Nicolás Tolentino. Era esta la manera con la que la comunidad agradeció al personaje celestial su esfuerzo e intervención, ante la ira del Jorullo. En las diligencias practicadas para elegir Santo Patrono menos principal, se argumentó lo siguiente:

*...de lo cual temiendo esta ciudad la Ira de Dios, que así se explica para confusión de los pecadores, y nos exija a que le pidamos misericordia, ofreciendo a su Divina Majestad sacrificios y votos, para que nos libre en lo futuro de los males y daños que se deben temer, ha resuelto a consejo de su piadoso y prudente párroco invocar en su amparo y defensa el Patrocinio de el Santo Arcángel San Miguel, en cuyo día abortó a este monstruo de la tierra, por ser este santo Príncipe tan alto amigo de Dios, y tan poderoso intercesor para arrojar a los demonios...* (Ruiz, 2004: 162-163)<sup>16</sup>

Las profecías sobre el surgimiento del Jorullo y las posteriores diligencias religiosas tomadas por las autoridades eclesiásticas locales, nos llevan a contemplar algunas formas de tradición, creencia y práctica en el contexto cultural de mediados del siglo XVIII novohispano. Aunado a ello está el hecho de que el nacimiento del volcán reforzó el prestigio y el control del clero, además de aumentar el providencialismo. Pero no sólo la aparición del Jorullo fue un incentivo para acrecentar las formas

16 *Diligencias practicadas en la ciudad de Pátzcuaro para elegir por patrón menos principal al Arcángel San Miguel contra los insultos del volcán Jorullo*, Archivo histórico Enrique Arreguín Oviedo, caja 18, exp. 7, paleografiado y publicado por Carlos Ruiz Guadalajara, “Para confusión de los pecadores”, pp. 162-163.





de culto en el obispado; también motivó la curiosidad científica por el fenómeno volcánico.

## Con la mira en el Jorullo

Desde un principio el volcán Jorullo llamó la atención de personajes distinguidos de la época, interesados en conocerlo y describirlo. El realce científicista del siglo XVIII incitaba a recorrer y examinar geografías maravillosas, a penetrar en la atmósfera del estudio, y de ahí el aumento de sabios exploradores. En 1763, durante su etapa de crecimiento, el volcán fue visitado por fray Francisco de Ajofrín, religioso capuchino a quien se deben las primeras descripciones científicas y gráficas del Jorullo a través de su *Diario de Viaje a la Nueva España*. Posteriormente, el jesuita ilustrado Francisco Javier Clavijero prestó atención al fenómeno volcánico, y así lo manifestó en su obra cumbre, *Historia Antigua de México* (1780). Más adelante el volcán Jorullo fue visitado por el Intendente de Valladolid, José Antonio Riaño, y los minerólogos Franz Fisher y Samuel Schröder. También lo visitó José Mariano Mociño y sus acompañantes naturalistas de la Expedición Botánica, quienes además de constatar las consecuencias físicas del nacimiento del Jorullo, pudieron observar la vegetación predominantemente de palmares del género *Sabal*. Sin embargo, fue Alexander von Humboldt el primero en explicar al mundo el origen del volcán a través de sus escritos.

Motivados por las descripciones humboldtianas, una creciente oleada de viajeros extranjeros, principalmente germanos, arribaron a La Huacana. En enero de 1827, Joseph Burkart examinó los derrames de lava que formaron el *malpaís* y la gran diversidad de árboles y plantas en las laderas del volcán. En febrero de 1846, Emil Schleiden plasmó sus impresiones en el artículo "Ueber den Jorullo", en la ciudad de Weimar. El vulcanólogo Carl Pieschel llegó a la región el 25 de enero de 1853, cuyas observaciones se publicaron en el libro *Die vulcane der republik Mexiko*, editado en la ciudad de Berlín en 1856. Carl Christian Sartorius, empleado de una compañía minera alemana, dedicó una





buena parte al volcán en su *México als ziel für deutsche ans wanderer*, publicado en 1850 en Darmstadt; este último texto fue traducido recientemente con el título *México hacia 1850* (Sánchez, 2005).







Vista actual del cráter del volcán Jorullo. Pedro S. Urquijo, 2005.

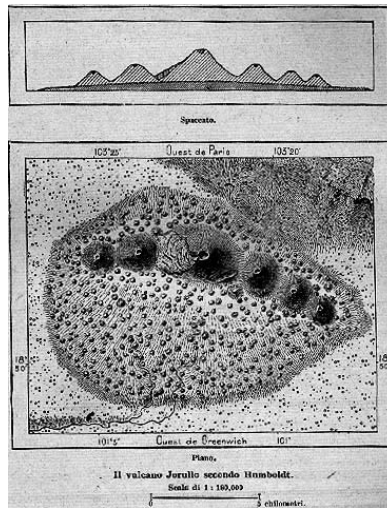


Vista del Jorullo y palmares. Pedro S. Urquijo, 2005.





El Jorullo a vuelo de pájaro. Arais Reyes Meza, 2006.



Dal viaggio di Humboldt la pianta del sistema vulcanico Jorullo, s/f. Fuente: [www.capurromrc.it](http://www.capurromrc.it).

